

carezca de este requisito. El 14. Los dos directores, en caso de gravedad no urgente, consultarán para resolver á sus respectivos gobiernos. Por el 15. Los dos directores podrian fijar su residencia donde lo tuvieran por conveniente. Por el 16 y último se declaraba provisional este plan y solo para la comun defensa, mientras se reuniese la gran convencion que debia determinar la forma definitiva del gobierno general.

Es de creerse que el congreso se reiria ó tomara esto á chanza, porque un plan semejante no era sino un desvario; era una cosa parecida al del doctor Duquesne en el negocio de convento eclesiástico.

El congreso vió desde entónces que el arreglo con Cundinamarca era imposible; pero lo que acabó de llevar al último punto la dificultad fué el decreto dictatorial de 27 de setiembre disponiendo la acuñacion de una moneda provincial de baja ley. El gobierno de la Union reclamó esta providencia como perjudicial á las demas provincias; mas nada se adelantó, porque el decreto se sostuvo.

La situacion se agravaba y lo peor era que no se podia en aquellas circunstancias gobernar el pais con la estructura del gobierno actual. Se hizo preciso variarla; y en conformidad al plan de reforma, aunque sin la aprobacion de Cundinamarca, fueron nombrados para ejercer el poder ejecutivo de la Union don Manuel Rodríguez Torices, el doctor Custodio García Rovira y el doctor Manuel Restrepo, que renunció; y no estando presentes los otros, fueron sustituidos por don José Fernández Madrid, don José María del Castillo y don Joaquín Camacho.

Un mes despues expidió el congreso un decreto mandando llevar á efecto su declaratoria sobre las cantidades decimales remisibles de las provincias á Santafe con motivo, decia el decreto, de la novedad introducida por el juez hacedor del ramo. Esto era arrimar combustibles al fuego que ardía y que los amigos del gobierno español atizaban, procurando llevar adelante el odio de los pueblos ácia el nuevo gobierno. Ellos seguian al congreso en todos sus movimientos para ver lo que pudieran tildarle, y apenas hallaban algo ya lo estaban señalando con el dedo en prueba de su iniquidad, de su impiedad, de su rapacidad y de cuanto les ocurría imputarle y les venia á mano, segun la naturaleza de la cosa sobre que daban una disposicion; y como los pueblos entónces no estaban como lo están ahora en materias de religion, sino que eran celosísimos hasta no tolerar en esta parte la mas leve ofensa contra la iglesia ó sus ministros, los pasos imprudentes dados sobre este terreno hacian perder infinitamente la opinion en favor de la república, mientras ganaba de dia en dia en favor del restablecimiento del gobierno español.

No se ha dado una época de mas imprudencias que aquella, cuando los enemigos estaban encima por todas partes. Cierta era que el gobierno necesitaba urgentemente de recursos pecuniarios, pero, si como trató de echar mano de los diezmos y demas rentas eclesiásticas, fundándose en principios tan arbitrarios como el de estar en posesion del patronato, cuando los mismos representantes de los pueblos habian anteriormente dicho que dudaban de ese derecho, y que era preciso ocurrir á la Santa Sede para que se le continuara al gobierno y que intetanto se hiciese un arreglo con la autoridad eclesiástica; si como se procedió, decimos, autoritativamente y hasta apoyándose en principios y doctrinas de autores heterodoxos, se procede en concordia con la autoridad eclesiástica, es indudable que esta habria franqueado al gobierno cuantos auxilios se le hubieran podi-

do franquear, y se habrian evitado los escándalos con que se suministraban armas á los enemigos interiores que no dejaban de trabajar de acuerdo con los exteriores.

CAPÍTULO LX.

La república de Venezuela nuevamente subyugada por los españoles—Los generales Bolívar y Mariño escapan y van á Cartagena con algunos otros—Torices y Piñeres en el gobierno de Cartagena—El coronel Castillo abandona el Magdalena y se viene á la plaza—Protestan los militares contra la reforma del gobierno general—Reforma del gobierno de Cartagena—El gobernador de Tunja se dirige al dictador de Cundinamarca solicitando algunos socorros para el ejército que se retiraba de Venezuela—Urdaneta pone las tropas á disposicion del congreso—Bolívar viene de Cartagena á presentarse al congreso—Solicita se le juzgue sobre las acusaciones que le habia hecho el coronel Manuel Castillo—El congreso resuelve someter á Cundinamarca á la Union—Se encarga á Bolívar de esta comision y se le nombra jefe del ejército—Situacion alarmante de Santafe—Los españoles de la capital ofrecen sus servicios al gobierno y éste los acepta—Forman la caballería de *San Fernando*—Los chisperos de realistas—Edicto de los gobernadores del arzobispado contra Bolívar y sus tropas—Alocucion del gobierno de la Union desmintiendo las calumnias que contenia el edicto—Intimacion previa del gobierno de la Union al de Cundinamarca—El dictador se deniega á todo arreglo—Bolívar marcha sobre Santafe—Se acampa en Techo y oficia á don Manuel Álvarez—Este rechaza las proposiciones de paz—La caballería de *san Fernando* asustada en Puente-Aranda por dos llaneros, no vuelve á parecer—Última intimacion de Bolívar—Son desoídas sus proposiciones—Es atacada la ciudad—El mismo dia las tropas de Bolívar ocuparon la mayor parte—Capitulaciones—Sus incidentes—Es entregada la plaza al general Bolívar—Felicitaciones que recibe—Se ven desmentidas las calumnias que contra él se habian propalado—Los gobernadores eclesiásticos espiden un edicto en sentido contrario del primero y lo mandan recoger.

La república de Venezuela habia vuelto á sucumbir bajo el poder español, y los generales Bolívar y Mariño habian aparecido en Cartagena con algunos otros venezolanos escapados de la catástrofe de su pais; y como si aumentando los riesgos debieran aumentar las disensiones intestinas, se verificaban en aquella plaza hechos escandalosos. Era allí presidente Torices; pero desempeñaba el gobierno el vicepresidente Piñeres, quien envió órdenes al coronel don Manuel Castillo para que no se reconociese el gobierno de la Union constituido en virtud de la reforma. Con esto empezaron las divisiones y los militares firmaron una protesta desconociendo aquel gobierno.

Tambien debia hacerse una reforma en el gobierno de la provincia y con tal objeto se instaló el dia 24 de noviembre de 1814, un colegio electoral revisor de la constitucion. Se decretó que hubiese un gobernador con un segundo, y con tal motivo se encendieron los ánimos de los partidos, queriendo cada uno colocar su candidato. Se decretó un senado de tres individuos: una cámara de siete representantes, i un tribunal de justicia de tres jueces.

El colegio electoral habia marchado pacíficamente; pero el 17 de diciembre se trató del nombramiento de funcionarios y hasta aquí duró el orden. La eleccion de gobernador recayó en García Toledo; y cuando se iba á proceder á la del segundo, abandonaron la sala unos cuantos representantes encabezados por el doctor Ignacio Muñoz, protestando contra el nombramiento de Toledo; y con esto se convirtió aquello en una zambra que nadie se entendia. El presidente Granados pidió auxilio al gobernador Piñeres, que no quiso darlo, lo que animó á los alborotadores; uno de ellos era el alcalde de la ciudad, quien para aumentar el conflicto mandó cerrar la puerta del local. En esta barahunda, y hallándose los diputados, ó mas bien colegiales, á merced de los facciosos, propuso German Piñeres la eleccion de dos cónsules que gobernasen, y que estos fueran García Toledo y Gabriel Piñeres; en lo que se hubo de convenir para salir del conflicto. A los dos dias se les varió el nombre y ya no fueron cónsules, sino gobernadores, y aunque renunciaron no se les admitió la renuncia.

Á todas estas, los realistas estrechaban el círculo por el norte y por el sur, y la España preparaba su expedicion. Sin embargo, la federacion progresaba, porque en todas partes habia reformas de gobierno, actas y revoluciones. Á esta sazón tocaba á las puertas de la Nueva Granada el general Rafael Urdaneta con los restos del ejército, que en lamentable estado, se retiraba de Venezuela, seguido de emigrados, despues de mil desastres.

El gobernador de Tunja, don Antonio Villavicencio, se dirigió al dictador de Cundinamarca solicitando algunos socorros para aliviar la miseria de aquellos beneméritos soldados que venian de sostener tan cruda guerra en favor de la república de Venezuela, destrozada por la ferocidad de Bóves, Moráles, Rozete, Zuazola y otros. Don Manuel Alvarez contestó que el tesoro estaba exhausto, pero que el gobierno abriria una suscripcion entre los particulares para enviarle algunos auxilios. La suscripcion se abrió con una excitacion en que el gobierno llamaba á todos los ciudadanos "á nombre de la religion y de la patria á contribuir para socorrer "aquel ejército que tantos esfuerzos hacia por la justa y comun causa."

El general Urdaneta puso estas tropas á disposicion del congreso, el cual vió la ocasion favorable para someter á Cundinamarca á la federacion como lo estaban las demas provincias, si no por medio de la razon, por medio de las armas.

El general Bolívar, que se hallaba en Cartagena, se vino á este tiempo por Ocaña á presentarse al congreso para que se le juzgase, si se daba crédito á las acriminaciones que contra él habia propalado el coronel don Manuel Castillo, que por una presuntuosa rivalidad y envidia, desde que el congreso prefirió el plan de operaciones presentado por Bolívar al suyo, trataba de arruinar su reputacion militar atribuyendo á yerros suyos la pérdida de Venezuela; pero el congreso no habia hecho caso de semejantes acusaciones.

Bolívar se encontró en Pamplona con Urdaneta y se vino con él á Tunja. Urdaneta habia recibido la orden secreta de traer el ejército á esta ciudad, fingiendo moverse ácia Casanare. La fuerza constaba de 1,800 hombres de los mas aguerridos y disciplinados, compuesta de los batallones venezolanos *Guaira*, *Barlovento* y *Valencia* con el escuadron *Soberbios dragones de Carácas* y unas compañías de infanteria granadina, resto del

ejército que en 1813 habia ido á libertar á Venezuela. Este movimiento se verificaba el 8 de noviembre de 1814. Supo Urdaneta en su marcha que en Sogamoso habia cinco españoles y envió á un oficial con escolta para que los tragese. Uno de ellos era don José Jover, hombre pacífico y apreciable; pero como el ejército los tenia tan odiados por las felonías y crueldades que en Venezuela habian cometido sobre los patriotas, el oficial los mató en el camino, pretestando que querian fugarse. El gobierno reconvino á Urdaneta, quien se disculpó con el oficial, el oficial con los soldados y los soldados con las lanzas, como decia en un caso análogo nuestro antiguo cronista Juan Rodríguez Fresle. Parece que la gente venia rabiosa y se temia descontentarla; pero el hecho es que, encargado el general Bolívar del mando del ejército para obrar sobre Cundinamarca, espresamente se le previno que no consintiese tales excesos á los militares. Aunque las providencias del gobierno general se habian tomado reservadamente, ellas se habian trascendido en Santafé y los federalistas ó *carracos* que tenian sus juntas, esperaban, y no con poco fundamento, el triunfo de su causa en aquella ocasion; porque ni Bolívar era Baraya, ni don Manuel Alvarez era Nariño, ni el ejército las montoneras del Socorro, para pensar en otro 9 de enero. Los antiguos *pateadores*, enemigos del congreso, estaban alarmados, y mucho mas los españoles y sus partidarios. No lo estaba ménos el dictador, hombre de avanzada edad y enteramente extraño á las cosas militares, á quien sofocaban los *chisperos*, que ya eran mas realistas que patriotas, con chismes, y últimamente con denuncias contra algunos sugetos de quienes se decia encabezaban una conspiracion contra el gobierno. Decíase por otra parte que los españoles residentes en Santafé, juntamente con los americanos realistas y unos cuantos emigrados que habian venido huyendo de Bolívar, influian poderosamente sobre don Manuel Alvarez, y aun se le atribuyó inteligencia con el capitán general don Francisco Montalvo, que se hallaba en Santamarta. Don Manuel Alvarez contradijo esta imputacion calumniosa en una proclama que publicó en 27 de noviembre. El 23 habia hecho publicar un bando mandando salir de la provincia á los mal contentos, dentro del término de ocho dias.

En este bando se quejaba de que el congreso habia publicado una proclama para seducir á los cundinamarqueses contra su gobierno. Las sospechas contra don Manuel Alvarez venian del grande interes que por su gobierno tomaban los españoles y realistas americanos, tanto que desde el instante en que se supo que Bolívar marchaba de Tunja para Santafé, todos los españoles se presentaron al dictador ofreciéndole sus servicios, pero esto no dependia de otra cosa sino del terror que les infundia el nombre de Bolívar y el ejército, que venia respirando venganza contra los españoles por las atrocidades que habian cometido en Venezuela. Don Manuel Alvarez aceptó los servicios de los españoles, los cuales formaron una compañía de á caballo que denominaron de *San Fernando*, compuesta como de cuarenta á cincuenta hombres armados de zable, trabuco y pistolas, mandada por don Lorenzo Arellano. Esta caballeria hacia mucho ruido por las calles, y ya se creia ver en ella á los vencedores de Bolívar.

Como el espíritu religioso era el medio mas eficaz para entusiasmar al pueblo y en el 9 de enero habia producido buenos efectos en este sentido, se apeló á este medio contra el general Bolívar y su ejército. Desde que se supo su venida se empezaron á propalar multitud de especies y cuentos en que se le representaba como un Neron, enemigo del nombre cristiano, que

mataba sacerdotes; que violaba mujeres; que profanaba templos y vasos sagrados; que venia matando y robando por todas partes. La siguiente décima se hizo circular con profusion en aquellos dias y se atribuyó al clérigo doctor don Juan Manuel García Tejada.

Bolívar el cruel Neron
Este Heródes sin segundo,
Quiere arruinar este mundo
Y tambien la religion;
Salga todo chapeton,
Salga todo ciudadano,
Salga, en fin, el buen cristiano
A cumplir con su deber
Hasta que logremos ver
La muerte de este tirano.

El ejército, de quien pocos dias antes decia el gobierno que debía ser el objeto mas digno de la consideracion de los buenos ciudadanos, y que á nombre de la religion y de la patria los excitaba á una suscripcion para auxiliarlo, vino á ser de repente una horda de bandidos; ya no era el ejército libertador sino el ejército exterminador. El general Bolívar, en quien poco antes habia reconocido el gobierno de Cundinamarca al héroe de la patria, vino á ser un malvado impio que no respetaba el derecho de gentes ni guardaba regla alguna de moralidad. Desde entónces empezó este hombre célebre, el mas célebre de nuestra historia politica y militar, á ser el blanco de la calumnia y de la injusticia de sus compatriotas.

Lamentable fué el extravio de tantas personas buenas que se dejaron llevar de tales mentiras; pero doblemente lamentable en los gobernadores del arzobispado don Juan Bautista Pey y don José Domingo Duquesne, que expidieron un edicto exhortando á los pueblos á la defensa de la religion y de la patria contra los invasores de Cundinamarca. Pintaban al general Bolívar y á la gente que mandaba con los colores que hemos dicho; y en prueba de la impiedad de este jefe, apelaban al testimonio de una proclama suya, que no conocian sino de oídas, por lo que de ella les habian dicho los calumniadores, y en la cual nada absolutamente habia que ofendiese á la religion (véase el n.º 47.)

Este edicto se publicó en 3 de diciembre, cuando el general Bolívar estaba en Tunja; é inmediatamente que fué conocido por el gobierno de la Union, espidió este una proclama ó alocucion dirigida á los pueblos, haciendo ver que los gobernadores eclesiásticos no tenían razon en lo que decian y que se habian excedido de sus facultades respecto á la excomunion que habian fulminado contra el general Bolívar y el ejército. Era cierto que en el edicto se decia que los que auxiliaban y protegían á las gentes de dicho jefe, incurrian en excomunion; pero no era cierto, "que se atreviesen á decretar la excomunion contra aquel jefe y contra todos los que auxiliasen de cualquiera modo" como se ha dicho en la historia de Colombia del señor Restrepo; porque es cosa muy diversa decretar una pena contra personas determinadas, á decir que los que hagan tal ó cual cosa incurren en aquella pena, que para los que tal hagan tiene decretada la iglesia. Esto fué lo que se dijo en el edicto, y así lo reconoció el mismo gobierno de la Union cuando en su alocucion á los pueblos dijo: "He aquí la conducta de los gobernadores del arzobispado y el concepto que se debe hacer del calumnioso language con que hablan

"del general Bolívar suponiendo una excomunion que ELLOS MISMOS NO SE ATREVEN A FULMINAR." Y en efecto, el decir en el edicto que aquellos individuos estaban incursos en excomunion, no era decretar una excomunion, y al mismo gobierno de la Union se le podría decir, que si alguna suposicion habia en el edicto, no era la de haber dicho que los que tales cosas hicieran incurrian en excomunion, porque en efecto, la hay para esos delitos; sino la de haber atribuido esos delitos, á quienes no los habian cometido. Esta era la falsa suposicion en que incurrian los gobernadores del arzobispado, que tan incautamente dieron crédito á las malignas especies inventadas contra el general Bolívar y su ejército. Así, pues, debemos concluir en buena lógica que los dichos gobernadores ni impusieron ni decretaron tal excomunion, sino que creyeron incursos en ella á dichos individuos, sobre un supuesto falso.

Pero desgraciadamente el negocio era con los eclesiásticos, y de consiguiente se le habia de atribuir un carácter maligno, y mucho mas, con la prevencion que contra los gobernadores del arzobispado y miembros del cabildo eclesiástico tenia el gobierno general, y con razon, desde los entorpecimientos que habian puesto para la ejecucion del decreto de convocatoria sobre convento eclesiástico, que el congreso habia sancionado; entorpecimientos dimanados de las desconfianzas que inspiraba ya el gobierno de la Union, en materias eclesiásticas; porque este es otro de los males que entre nosotros ha habido, las desconfianzas mútuas entre las dos potestades; pero desconfianzas á que primero ha dado lugar la potestad civil y con lo cual se ha ido enagenando de dia en dia el apoyo del clero.

El gobierno general en su alocucion á los pueblos, tenia mucha razon en el fondo: era preciso no dejarlos engañar y era de justicia contradecir las calumnias propagadas contra un jefe como el general Bolívar y contra un ejército tan benemérito como el que se le habia confiado; mas no la tenia en cuanto al cargo de abuso de autoridad hecho á los gobernadores del arzobispado por haber declarado incursos en las censuras de la iglesia á los que tenia por perpetradores de cierta clase de hechos criminosos.

Decia el gobierno en su alocucion: "Con tan peligroso como notorio abuso de autoridad diocesana por el título de gobernadores del arzobispado....." y despues: "Brigidos los gobernadores del arzobispado en maestros del dogma: doctores de la moral y pastores de la grey de Jesucristo, carácter que ordinariamente no pertenece sino á los obispos..." Compárese este párrafo con el siguiente, del informe dado por la comision del congreso en enero del mismo año, sobre los inconvenientes que los mismos gobernadores oponian al proyecto de convento eclesiástico; decia: "Los actuales gobernadores del arzobispado pueden convocar sinodos diocesanos por ser vicarios capitulares, como que hasta ahora no ha presentado las bulas de su confirmacion el reverendo Sacristan, ni ha tomado la posesion canónica, que solo en virtud de estas puede darle el cabildo." Es decir que por el informe de enero (1) se reconocian en los gobernadores del arzobispado las facultades que, ahora, en la alocucion de diciembre se les niegan. Entónces eran vicarios capitulares en el lleno de todas las facultades gubernativas, por no haber aun presentado las bulas ni tomado posesion canónica el reverendo Sacristan, y ahora, sin saber por qué, los encontramos tan pobres de facultades, que no las tienen ni

(1) Tanto el informe como la alocucion eran obra del canonista de congreso don Frutos Joaquín Gutiérrez.

aun para decir quién ha incurrido en excomunion, no obstante permanecer el gobierno eclesiástico lo mismo que en el año anterior, con los mismos gobernadores vicarios capitulares sin haber presentado las bulas ni tomado posesion canónica el reverendo Sacristan, que aun permanecía en Puerto Rico. Véase por aquí la parcialidad y poca buena fe con que se trataba á la autoridad eclesiástica.

El gobierno de la Union, ántes de marchar la expedicion sobre Cundinamarca, quiso hacer cuanto estaba de su parte para evitar la guerra y dirigió una nota á D. Manuel Alvarez en este sentido; pero el dictador se denegó á las proposiciones que se le hacian para que se sometiese á la union federal, como lo estaban las demas provincias, para mejor proveer á la seguridad comun, tan seriamente amenazada por los españoles.

Negado esto, el general Bolívar marchó con su ejército sobre Santafe, y en tres dias se puso desde Tunja en la sabana de Bogotá, y acampado en la hacienda de Techo, distante poco mas de una legua de la capital, ofició á don Manuel Alvarez, con fecha 8 de diciembre, en los términos mas urbanos y conciliatorios, manifestándole el estado de las cosas para persuadirlo á evitar la guerra, en los términos que le habian sido propuestos por el gobierno de la Union. El dictador contestó que ya sobre esto habia contestado al gobierno general, conforme á lo resuelto por la representacion nacional respecto á no entrar en la federacion y en defender los derechos del pueblo hasta el último trance: que esto mismo acababa de ratificarse en vista de la nota que contestaba y que así lo cumpliría, á pesar de los sentimientos de lenidad que le asistian: que sabiéndose que con el ejército venia una comision civil del gobierno general para entender en las diferencias pendientes, seria lo mas regular saber sobre qué bases ó principios se hubieran de entablar las negociaciones, y mas cuando era notorio que Cundinamarca nunca se habia denegado á prestar sus auxilios para el sosten de la independencia. Concluia don Manuel Alvarez quejándose del mal comportamiento del congreso con esta provincia, y protestando que estaba resuelto á defender la ciudad, en cuya inteligencia podia proceder el general Bolívar del modo mas conforme con el derecho de las armas que se le habian confiado (véase el n.º 48.)

Esta contestacion emanaba de una junta que don Manuel Alvarez habia reunido en San Agustin, compuesta en su mayoría de españoles y americanos realistas, los cuales se habian opuesto á toda negociacion con Bolívar fundados en que no cumpliría despues con lo pactado. Así lo creian los españoles que estaban persuadidos de que el general Bolívar los mataria á todos, apesar de las garantias ofrecidas en su oficio; y esta creencia les venia de que los españoles en Venezuela les habian faltado á los patriotas en casos semejantes; y todavia mas cuando acababa de saberse el asesinato cometido por la gente del general Urdaneta en la persona de don José Jover y los otros cinco españoles que habia cogido en Sogamoso.

Al dia siguiente, que era 9, contestó el general Bolívar al dictador de la ciudad, que era lo único que le quedaba, habiéndose unido al ejército todos los pueblos de la sabana. La contestacion se redujo á intimar la rendicion, haciendo responsable á don Manuel Alvarez de todos los males que se siguieran (véase el n.º 49).

Por la tarde salió la orgullosa compañía de San Fernando á reconocer

el campo de San Victorino. Avistóse con la primera avanzada de dragones montados que estaban en Puente-Aranda: dos de estos picaron sobre ella con lanzas caladas, y no fué menester mas para que volviera caras y entrando en la ciudad con estrépito, no se volvió á saber mas de ella porque cada cual se metió en su casa.

La resolucion de don Manuel Alvarez era temeraria porque por mas entusiasmo que hubiera en el pueblo, el triunfo era imposible, atendido el número y calidad de la tropa del general Bolívar; la pericia de este, y su prestigio, y el valor y habilidad de jefes y oficiales que venian de sostener campañas tan crudas contra las tropas de Boves en Venezuela. Por otra parte, la ciudad iba á quedar sin víveres de ninguna especie, estando todos los campos del contorno ocupados por el enemigo; de modo que, caso de no poderse tomar por la fuerza, tendria que entregarse por hambre.

El general Bolívar recibió otra terminante contestacion del dictador; en la misma fecha, diciéndole que supuesto que estaba decidido á invadir la ciudad, ella tambien lo estaba para defenderse. Bolívar habia tenido grande amistad en Venezuela con don Juan Jurado, el oidor español, que á la sazón se hallaba en Santafe y tenia mucho ascendiente sobre don Manuel Alvarez; quiso aprovechar esta circunstancia el general para evitar la efusion de sangre y escribió á Jurado para que emplease todos sus esfuerzos en este sentido; pero nada valió; los esfuerzos de este español fueron inútiles. Don Manuel Alvarez, hombre crédulo y de buena fe, se dejó persuadir de otros que le repetian sin cesar, que Bolívar no guardaba los pactos: que él y su familia perecerian en sus manos junto con todos los españoles. Ademas le hicieron creer que la gente que defendia la ciudad era invencible: que entre los españoles habia excelentes artilleros y que con los cañones de grueso calibre, bien cargados de metralla, se barreria por donde quiera la gente de Bolívar.

El dia 10 fué acometida la ciudad por circunvalacion. El ejército del dictador, que en la mayor parte se componia de milicianos, con no muy buenos jefes, emprendió su resistencia por las Cruces y San Victorino; pero á poco tuvo que irse replegando á la plaza del centro de la ciudad. El coronel frances Manuel Serviez atacó por esta última parte y quitó de la plazuela una lápida que Nariño habia hecho poner para perpetuar la memoria del 9 de enero. El coronel Carabaño atacó por San Diego y el comandante Cancino, con la artilleria que se habia tomado, dirigia sus tiros dominando la ciudad desde el camino de la Agua-nueva.

Las tropas de Bolívar entraban ganando calles y tomaban las manzanas horadando las paredes de unas á otras casas, en las que sus habitantes, temerosos, estaban encerrados, y las calles solitarias, sin oírse mas voces que las de los soldados ni mas ruido que los tiros y zumbido de las balas. Así fué que en aquel mismo dia, habiéndose empezado el ataque á las once de la mañana, por la tarde ya estaban los enemigos á una cuadra de distancia de la plaza.

El 11 propuso el general Bolívar una suspension de armas. Algunos digeron que era porque estaban agotados los pertrechos y que habian mandado á traerlos á Fontibon, donde habia quedado una parte del parque. El general Bolívar decia que era para entrar en capitulaciones á fin de evitar mas desgracias en la ciudad, cuyas calles estaban regadas de sangre y con cadáveres tendidos de una y otra parte, y ademas en las casas

donde entraban los negros venezolanos se corrían grandes riesgos, si se proponían que hubiera allí españoles, como en efecto sucedió en la casa del oficial real don Joaquín Quintana, que conociendo que era español lo mataron á zablazos en medio de su familia.

Admitida por don Manuel Álvarez la suspensión de armas, fueron comisionados para tratar con el general Bolívar don José María Lozano y el general don José Ramon de Leiva. A esta sazón se hallaba el general Bolívar con su estado mayor, en la misma casa de Lozano, á dos cuadras de la plaza, que era donde estaba el cuartel general del ejército de Cundinamarca, en número de trescientos á cuatrocientos hombres. El general había hecho venir á su lado á cuantos sujetos notables estaban en las casas inmediatas, para tenerlos en rehenes. Los doctores Benedicto Domínguez, Miguel Tovar y Francisco de Urquiza fueron cogidos en la casa del instituto botánico y observatorio, donde estaban en comisión por el gobierno para observar los movimientos del enemigo. Los soldados apoderados de aquel edificio que domina la plaza, se subieron á la azotea de la torre desde donde hacían fuego. Dirigido un cañón desde el solar del cuartel de milicias fueron obligados á dejar aquel punto, en cuyo muro abrió brecha una bala de grueso calibre matando algunos. La tropa hizo mil daños en los instrumentos astronómicos que se encontraban en las salas del observatorio, y en los papeles y objetos de historia natural que había en las de la botánica.

En el oficio que el dictador don Manuel Álvarez envió á don José María Lozano, marqués de San Jorge, nombrándolo de parlamentario, le decía que el general Leiva iría asociado en la comisión; pero que era necesario que se le dieran garantías. El general Bolívar ofreció en rehenes al coronel Carlos Montúfar. Don Manuel Álvarez contestó que no recibiría á este sujeto en rehenes de aquel jefe por ser reo prófugo de Cundinamarca por delitos políticos; que el general Leiva iría, no para que le concediese capitulaciones benéficas, sino para oír las que se le propusieran. El general Bolívar contestó que Montúfar era un oficial de primer carácter en la milicia; que no enviaría otro porque no lo tenía de la graduación de Leiva, ni le era decoroso variar de elección; que si no se querían capitulaciones benéficas no se enviase negociadores, porque cualquiera que ellas fueran las concedería por generosidad.

Don Manuel Álvarez contestó que él no rehusaba admitir capitulaciones benéficas, sino que las propusiera el general Bolívar; que la situación era crítica y que el general Leiva iría á tratar sin detenerse en formalidades; que Montúfar sería admitido.

En la conferencia con los comisionados el general Leiva propuso por base del tratado que las tropas de la Unión evacuasen toda la parte de la ciudad que habían ocupado, que era tanto como decir toda ella, porque no les quedaba por ocupar sino la plaza del centro y nada más. El general Bolívar contestó que tales proposiciones no se podían hacer sino á niños. Repitió las hechas anteriormente por el gobierno general de la Unión, ofreciendo toda clase de garantías para personas é intereses, si se aceptaban esas proposiciones, y se comprometía á no tomar de Cundinamarca sino tan solo el armamento para la defensa común; y finalmente ofreció que no entraría á la plaza si se le tenía desconfianza. El general Leiva se retiró á dar cuenta al gobierno, sin aceptar las proposiciones.

En este intervalo vinieron á avisar al general Bolívar que una partida

de gente mandada por Ventura Ahumada había lanceado en un zaguan, distante una cuadra de la plaza, al coronel Salas, quebrantando así la suspensión de hostilidades. Bolívar se exaltó furiosamente y ya daba las órdenes para atacar la plaza por todas cuatro esquinas, cuando los sujetos que estaban detenidos en rehenes lograron calmarle, haciéndole presente que aquello no podía atribuirse al gobierno sino al desorden en que obraba su gente.

Don Manuel Álvarez, después de haber oído al general Leiva, pasó otro oficio al general Bolívar, diciéndole que continuaría la suspensión de armas hasta el día siguiente, mientras consultaba con la representación nacional. Bolívar convino en ello (véase el n.º 50), y después de algunas otras contestaciones, sobre incidentes del momento, las cosas quedaron arregladas en el sentido que deseaba el gobierno de la Unión, mediante unas capitulaciones en que se reconocía el congreso por el gobierno de Cundinamarca, en los mismos términos que las demás provincias; se ponían á disposición del general Bolívar las armas y demás elementos de guerra; y que se reuniese inmediatamente el colegio electoral para los demás arreglos; y finalmente una absoluta garantía de personas y bienes, tanto para españoles como para americanos.

Terminada la guerra, se entregaron al general Bolívar las armas y municiones: el orden y la confianza pública se restablecieron, y la disciplina del ejército fué tan rigurosa, que desde aquel momento no se volvió á cometer por los soldados el menor desmán. Un bando se publicó inmediatamente, en que se decía que todo el que sufriese daño por parte de los militares, se quejase en el acto para castigar al que lo causara y que todo robo hecho después del bando se castigaria con pena de la vida. Un soldado incurrió en este delito y fué fusilado prontamente.

Las corporaciones civiles y eclesiásticas pasaron á cumplimentar al general Bolívar, que recibió á todos como á hermanos y amigos, sin manifestar la menor molestia, y por el contrario, con un humor complaciente y jovial que agradó á todos, porque todos veían que no era el hombre que les habían pintado con tan horribles colores; y por lo tanto, todos se apresuraron á darle satisfacciones. Don Manuel Álvarez se le disculpó de su tenacidad en resistirle, diciendo que lo habían persuadido con mil falsas noticias, que venía á fusilarlo con todos los españoles que había en la ciudad. Bolívar, con su genial franqueza, le contestó: "¿cómo había yo de hacer eso con usted, si á usted lo han de fusilar los *godos*?" Palabras que tuvieron su cumplimiento antes de dos años.

El respeto con que recibió á los gobernadores del arzobispado y demás prelados eclesiásticos, los convenció de que no era un hombre enemigo de la religión, como les habían hecho creer, y aún más, se desengañaron cuando le vieron castigar con largo arresto á dos oficiales que habían dado el escándalo de entrar humando tabaco á la iglesia de San Francisco, en una de las noches del octavario de la Virgen.

Los gobernadores del arzobispado se apresuraron á dar una completa satisfacción al general Bolívar, expidiendo un edicto en que declaraban que lo contenido en el de 3 de diciembre eran atroces calumnias, que la perfidia y la mala fe habían hecho pasar como cosas ciertas. A esas calumnias respondían con los mas grandes elogios, retractando lo dicho; y dándolo por nulo y de ningún valor, mandaron recoger el mencionado edicto (véase el n.º 51).